

Impávido

Jack Campbell

Traducción:  
Beatriz Ruiz Jara



Libros publicados de Jack Campbell

## LA FLOTA PERDIDA

1. Intrépido
2. Impávido

Próximamente:

3. *Courageous*

Título original: *The Lost Fleet: Fearless*  
Primera edición

© John G. Hemry, 2007

Ilustración de cubierta: Pat Turner

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey, Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-568-4 Depósito legal: B-6172-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

Para Stanley Schmidt, un gran editor, un gran escritor y una muy buena persona. Gracias por ayudar a tantos escritores, incluido yo mismo, a mejorar en nuestro trabajo. Y no me cabe duda de que, a pesar de su entrega, Stan seguirá rechazando cualquier cosa que le envíe que no se ajuste a sus parámetros.

Para S., como siempre.

## Agradecimientos

Estoy en deuda con mi editora, Anne Sowards, por su valioso apoyo y su trabajo de revisión, así como con mi agente, Joshua Blimes, por sus sugerencias acertadas y por su ayuda. Gracias también a Catherine Asaro, J. G. (Huck) Huckenpöhler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk y Constance A. Warner por sus sugerencias, comentarios y recomendaciones. Gracias también a Charles Petit por su aportación en cuanto al combate espacial.

Las naves aparecieron perfiladas sobre el negro del espacio, los escuadrones de destructores y cruceros ligeros surgieron con un destello seguidos por grupos de cruceros pesados, luego las divisiones de cruceros de batalla y acorazados, enormes plataformas para las armas más mortíferas que el hombre haya creado jamás. A lo lejos, un punto refulgente de luz marcaba la estrella que la humanidad había bautizado como Sutrah, tan lejana que los habitantes de los mundos cercanos a ella no podrían ver la luz que anunciaba la llegada de la flota de la Alianza durante al menos cinco horas.

La flota de la Alianza, que había saltado hacia el espacio normal que allí había, tenía un aspecto increíblemente poderoso a medida que su formación se aproximaba a Sutrah. Parecía imposible que algo tan fuerte pudiera temerle a algo. Pero la flota de la Alianza huía para salvar su vida y Sutrah, que estaba bien inmersa en el territorio enemigo de los Mundos Síndicos, no era otra cosa que un rodeo necesario para llegar definitivamente a un lugar seguro.

—Se han detectado buques ligeros síndicos a diez minutos luz, diez grados abajo a estribor.

El capitán John *Black Jack* Geary estaba sentado en el asiento de comandante de la flota, en el puente de mando del crucero de batalla *Intrépido* de la Alianza, sintiendo como sus tensos músculos se relajaban lentamente a medida que se hacía patente el hecho de que, una vez

más, sus conjeturas eran acertadas. O las conjeturas de los comandantes de la flota síndica eran erróneas, lo cual era igual de bueno. No había campos de minas esperando a la flota de la Alianza a la salida del punto de salto, y las naves enemigas avistadas estaban tan lejos que no suponían una amenaza real.

No, la mayor amenaza para sus buques estaba dentro de la propia flota.

Geary mantuvo los ojos clavados en el visualizador tridimensional que se proyectaba ante él, tratando de vaticinar si los educados mandos de la formación de la Alianza se disolverían en una persecución caótica tras las naves síndicas a medida que la disciplina flaqueara ante el deseo de entrar a matar.

—Capitana Desjani —dijo dirigiéndose a la comandante del *Intrépido*—, por favor, informe a esas naves síndicas de que exigimos su rendición inmediata.

—Sí, señor. —Tanya Desjani había aprendido a ocultar sus reacciones ante las ideas pasadas de moda y (a los ojos de los tiempos modernos) compasivas de Geary, tales como ofrecerles a unas fuerzas enemigas que podrían ser destruidas fácilmente la posibilidad de rendirse.

Poco a poco había ido comprendiendo por qué ella y otros miembros de la unidad eran de ese parecer. Los Mundos Síndicos nunca se habían caracterizado por la humanidad de sus dirigentes, ni por los conceptos como la libertad individual y la justicia, que los de la Alianza apreciaban. Los ataques sorpresa, sin que mediara provocación alguna, que llevaban a cabo los síndicos y que habían desencadenado esta guerra habían dejado un regusto amargo que seguía vivo y, aproximadamente un siglo después de aquello, los síndicos iban en cabeza en una escalada de bajezas en lo que a tácticas para ganar a cualquier precio se refería. Geary se quedó perplejo cuando supo que la Alianza había llegado a igualar las atrocidades de los síndicos, y pese a que ahora entendía cómo había sucedido, nunca lo toleraría. Insistía en perpetuar las reglas que él conocía, reglas que trataban de controlar la ira de la guerra para que aquellos que la libraban no se volvieran tan malvados como sus enemigos.

Geary consultó el visualizador del sistema al menos por décima vez desde que se había sentado. Ya lo había memorizado antes. El punto de

salto por el que había salido su flota se encontraba solamente a cinco horas luz de Sutrah. Había dos mundos habitados en el sistema, pero el más cercano a la escuadra estaba a solo nueve minutos luz de la estrella. No vería la llegada de la flota de la Alianza a este sistema durante otras cuatro horas luz y media. El otro mundo habitado estaba algo más alejado, a unos escasos siete minutos luz y medio de Sutrah. La flota de la Alianza no tendría que acercarse a ninguno de los dos en su travesía por el sistema estelar Sutrah de camino hacia otro punto de salto, en el otro extremo, desde donde poder saltar a otra estrella.

En torno a la imagen de la flota de la Alianza en el visualizador del sistema, una burbuja en expansión delimitaba la zona en la que se podría evaluar algo parecido a una cadena de acontecimientos en directo. En ese mismo momento, la unidad podía ver cuál era el aspecto del mundo habitado más cercano a cuatro horas luz y media. Se trataba de un cómodo margen, pero también era tiempo suficiente para que surgieran circunstancias inesperadas que te podían sorprender cuando su luz llegaba por fin. La propia estrella Sutrah podía haber explotado hacía cuatro horas, y ellos no verían la luz de ese suceso hasta al menos otra hora después.

—Movimiento rojo en las naves síndicas —anunció el consultor, incapaz de eliminar la decepción de su voz.

—Están huyendo —añadió Desjani innecesariamente.

Geary asintió; luego frunció el entrecejo. La fuerza síndica que se habían encontrado en Corvus, superada ampliamente en número, había luchado a pesar de todo; al final solo una nave se había rendido, mientras que las demás habían sido aniquiladas. *Allí el comandante síndico citó la norma de la flota síndica según la cual se requería esa maniobra suicida. ¿Por qué aquí los síndicos se comportan de forma distinta?*

—¿Por qué? —preguntó en voz alta.

La capitana Desjani miró a Geary sorprendida.

—Son unos cobardes.

Geary procuró no reaccionar demasiado enérgicamente. Al igual que tantos otros tripulantes y oficiales de la Alianza, Desjani llevaba tanto tiempo alimentándose de propaganda sobre el enemigo síndico que se lo creía todo, incluso cuando no tenía sentido.

—Capitana, en Corvus, tres de las naves síndicas lucharon hasta la muerte. ¿Por qué estas están huyendo?

Desjani le respondió frunciendo el ceño a su vez.

—Los síndicos siguen sus órdenes con rigidez —declaró por fin.

Aquella fue una valoración razonable, reflejaba todo lo que Geary supo una vez y lo que estaba viendo en ese momento.

—Entonces, les han ordenado que huyan.

—Para que informen sobre nuestra llegada al sistema Sutrah —concluyó Desjani—. Pero ¿qué sentido tiene? Si cuentan con unidades ligeras localizadas en los demás puntos de salto, y ya hemos visto desde hace unas cuantas horas que así es, ¿qué ganan teniendo a alguien precisamente aquí? Su informe sigue viajando a la velocidad de la luz y, dado que no pueden atravesarnos para llegar al siguiente punto de salto, no van a poder saltar muy rápido.

Geary se inclinó sobre el visualizador.

—Eso es verdad. Entonces, ¿por qué?

Le echó otro vistazo a la formación de su flota, que seguía unida, y murmuró una oración dando gracias a las estrellas del firmamento.

—Un momento.

Dentro de un sistema solar, las referencias direccionales siempre se calculaban en relación al mundo exterior a una nave, para que las otras naves las pudieran entender. Cualquiera cosa que sobrepasara el plano del sistema estaba «arriba», y cualquiera que no lo sobrepasara estaba «abajo». La dirección hacia el sol era «a la derecha», o «a estribor» (o incluso «hacia la estrella», como insistían algunos), mientras que la dirección contraria al sol era a la izquierda, o a babor. Según esa convención, las naves ligeras de los síndicos habían estado por debajo de la posición de su flota y ahora estaban huyendo por encima y ligeramente hacia la izquierda. ¿Por qué iban a escapar por una ruta que los llevaba directamente hacia su flota? A no ser que ese movimiento ocultara otro propósito.

Geary trazó una línea de interceptación desde sus naves hacia los síndicos; la trayectoria curvada atravesaba una región por la que los síndicos no habían pasado.

—Deme una buena visión de esta zona. Rápido.

Desjani miró a Geary sobresaltada, pero transmitió la orden. Geary seguía esperando la respuesta cuando vio que tres destructores y un



crucero pesado rompían de pronto la formación y se lanzaban en máxima aceleración para obstaculizar a los síndicos que estaba huyendo. *¡No, idiotas!* Sin perder un momento, Geary pulsó el circuito de mando de la flota.

—Aviso a todas las unidades, alteren el curso tres cero grados en sentido ascendente. Repito, tres cero grados ascendente. Ejecución inmediata. Hay minas a lo largo de nuestra trayectoria.

Tardó un instante en identificar las unidades que había roto la formación.

—*¡Doblefilo, Estilete, Mazo, Blindado!* ¡Interrumpan el curso de su trayectoria de inmediato! Tres cero grados ascendente. Están entrando en un campo de minas.

Después de eso, lo único que pudo hacer Geary fue observar el visualizador. La flota de la Alianza se extendía a lo largo de una distancia de minutos luz. Las naves más alejadas no recibirían la orden hasta dos minutos más tarde. Las que se encontraban en mayor peligro, aquellos tres destructores y el crucero *Blindado*, tardarían al menos un minuto en oírla. A una aceleración máxima cubrirían una gran parte del trayecto en ese minuto.

Un consultor del puente de mando del *Intrépido* estaba transmitiendo su evaluación en voz alta.

—Se han detectado anomalías a lo largo de la ruta indicada. Se calcula la presencia de minas sigilosas en una probabilidad superior al ochenta por ciento. Se recomienda evitar el curso ahora.

Desjani alzó una mano para acusar recibo del informe, luego miró a Geary llena de admiración. Geary se dio cuenta de que los ojos de los demás oficiales y tripulantes que había en el puente de mando reflejaban el mismo asombro, amén de la adoración al héroe que tanto odiaba, a pesar de llevar meses viéndola.

—¿Cómo lo supo, capitán Geary? —preguntó Desjani.

—Era evidente —explicó él revolviéndose incómodo en su asiento bajo la atenta mirada de los demás oficiales del puente de mando—. Los navíos se posicionaron lo bastante lejos del punto de salto como para esquivar al enemigo entrante, pero lo suficientemente cerca para advertir a cualquier buque amigo. Y luego está esa dirección que tomaron, que parecía estar destinada a hacernos atravesar una zona concreta al salir en su persecución.

Se reservó algo que ambos sabían: que si esa flota hubiera sido la misma que él había llevado a Corvus, en lugar de cuatro unidades ligeras, habrían sido la mayor parte de las naves las que se estarían lanzado de cabeza contra ese campo de minas en ese mismo momento.

La extendida formación de la flota de la Alianza empezaba a doblarse por el centro a medida que las naves más cercanas reaccionaban a la orden; después, cuando la orden fue llegando a las naves más alejadas, estas fueron respondiendo a su vez. Geary se dio cuenta de que la imagen general casi parecía un pez raya flexionado en el centro y con las «alas» aún más encorvadas hacia abajo.

Esperó al ver que los tres destructores y el crucero mantenían su curso, como si la persecución fuera lo único que importara. Geary comprobó el tiempo: habían pasado cinco minutos. Con un minuto para que la orden llegara a la velocidad de la luz, y luego otro minuto para que él pudiera ver que por fin se iniciaba la modificación en el curso, habían pasado tres minutos de más, lo que era con mucho una respuesta demasiado lenta para una emergencia.

—*¡Doblefilo, Estilete, Mazo, Blindado!* Alteren su rumbo hacia arriba de inmediato; viraje máximo. Hemos detectado un campo de minas en su trayectoria. ¡Acusen recibo de la orden e inicien el viraje de inmediato!

Otro minuto.

—¿A qué distancia están de esas anomalías? —preguntó Geary tratando de mantener sereno su tono de voz.

Desjani tecleó rápidamente sus propios controles para hacer el cálculo.

—En la trayectoria actual, entrarán en su radio en treinta segundos.

La voz de Desjani sonaba tranquila, disciplinada. Había visto morir muchas naves y a muchos tripulantes de la Alianza, en su relativamente corta carrera. Geary lo había ido sabiendo poco a poco, y era consciente de que ahora Desjani estaba recurriendo a su experiencia para anular sus sentidos ante algo que parecía inevitable.

Treinta segundos. Demasiado tarde incluso para tratar de transmitir otra orden. Geary sabía que algunos de los oficiales al mando de su flota no estaban en realidad cualificados para dar órdenes, y sabía que muchos otros seguían aferrándose al concepto de ataque total y glorioso

contra el enemigo sin vacilar y sin pensar. Tardaría mucho tiempo en poder enseñarles a esos guerreros, y esperaba conseguirlo, el valor de luchar juiciosamente, además de con valentía. Pero, incluso sabiéndolo, Geary se preguntaba qué insensatez había llevado a esos cuatro capitanes a hacer caso omiso de sus órdenes y de sus advertencias respecto al campo de minas. Debían de tener la mente fija en sus respectivos objetivos e ignoraban todo lo demás mientras trataban de entrar en su radio de acción.

Tal vez las naves sobrevivirían en el campo de minas el tiempo suficiente como para que una nueva advertencia funcionara. Procurando que su voz no delatara desesperación, Geary volvió a hacer un llamamiento.

—*Doblefilo, Estilete, Mazo, Blindado*, al habla el comandante de la flota. Se están adentrando en un campo de minas confirmado. Alteren su rumbo de inmediato. Viraje máximo.

Sabía que en ese momento estaban entrando en el campo de minas. La luz de las cuatro naves llegaba con medio minuto de retraso, de modo que las naves que él veía imponentes e intactas se encontraban ya en el campo y podían haber impactado ya contra las minas. Lo único que podía hacer era observar el visualizador y esperar lo inevitable, sabedor de que ya no había nada que pudiera salvar a las tripulaciones de esas naves excepto un auténtico milagro. Rezó en silencio deseando que se produjera ese milagro.

No sucedió. Exactamente un minuto y siete segundos después de la advertencia de Desjani, Geary vio que su visualizador informaba de las múltiples explosiones a medida que los tres destructores que lideraban el ataque se adentraban en el denso campo de minas. Los pequeños y relativamente frágiles destructores sencillamente se desintegraron bajo el martilleo de las detonaciones de las minas, reventaron en un montón de pedazos de hombres, mujeres y naves que las espoletas inteligentes de los artificios explosivos que no habían explotado simplemente ignoraron.

Pasados unos cuantos segundos, Geary vio que el *Blindado* trataba por fin de virar. Sin embargo, era demasiado tarde, pues la inercia impulsaba al crucero hacia el campo de minas. Una de ellas produjo un cráter en el medio de la nave, y después una segunda voló buena parte de la popa; entonces los sensores ópticos del *Intrépido* perdieron de

vista el crucero por un momento mientras su campo de escombros y el de los destructores bloqueaban la imagen del aniquilamiento.

Geary se humedeció los labios, que se le habían secado de repente, pensando en los tripulantes que acababan de morir inútilmente. Bloqueó sus emociones y se concentró en la mecánica de su siguiente tarea mientras estudiaba el visualizador.

—Segundo escuadrón de destructores, realice un acercamiento prudente a los alrededores del campo de minas en busca de supervivientes. No entre en el campo de minas sin mi aprobación.

Había muchas probabilidades de que no hubiera ni un solo superviviente. Las cuatro naves habían sido destruidas con tanta rapidez que parecía imposible que alguien hubiera conseguido llegar a una cápsula de salvamento. Pero era necesario asegurarse de que no dejaban a nadie atrás, a merced de las dulces promesas de los campos de trabajo de los síndicos.

Pasó un minuto que se le hizo eterno.

—Segundo escuadrón de destructores, señor. Procediendo al rastreo de supervivientes.

La voz del comandante del escuadrón sonaba apagada.

Geary le echó otra ojeada a su formación, todos en el nuevo rumbo, alzándose por encima del plano del sistema Sutrah, avanzando por encima de la zona del campo de minas, que ahora estaba marcado profusamente con señales de peligro.

—A todas las unidades, alteren el rumbo dos cero grados descendente a la una punto cinco.

Todos lo estaban mirando, quizá esperando a que diera algún discurso acerca del heroísmo de las tripulaciones de las cuatro naves. Geary se levantó, su boca no era más que una fina línea, hizo un gesto de negación con la cabeza y salió del puente de mando sin fiarse de su voz. No había que hablar mal de los muertos. No quería fustigar a los comandantes de esas naves como idiotas vanagloriosos que habían asesinado a sus tripulaciones.

Pese a que eso era justamente lo que había sucedido.

Victoria Rione, copresidenta de la República Callas y miembro del senado de la Alianza, lo esperaba a la entrada de su camarote. Geary la

saludó con un rápido gesto de cabeza y entró sin invitarla a pasar. Ella le siguió de todos modos, y se quedó de pie en silencio mientras él miraba con preocupación el paisaje estelar que decoraba un mamparo. Rione no tenía ninguna autoridad en la flota, pero como senadora era una representante del Gobierno de la Alianza lo suficientemente veterana como para que Geary no se limitara a echarla de allí. Por otra parte, tanto las naves de la República Callas como las de la Federación Rift, que constituían parte de la flota, obedecerían las órdenes de Rione en caso de que esta decidiera rebelarse contra Geary. Tenía que ser diplomático con esta política civil, aunque lo único que deseara fuera soltarle un grito a alguien.

Al final se la quedó mirando.

—¿Qué quiere, señora copresidenta?

—Oír cómo libera toda la rabia que lo corroe en este instante —replicó con calma.

Geary se desplomó momentáneamente; luego le dio un puñetazo al paisaje estelar haciendo que temblara brevemente antes de volver a la normalidad.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a hacer nadie tal estupidez?

—Vi a esta flota en Corvus, capitán Geary. Allí la táctica síndica habría funcionado a la perfección, antes de que el entrenamiento al que usted insistió en someter a la flota le enseñase disciplina a sus miembros.

—¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? —preguntó amargamente.

—Debería.

Geary se frotó la cara con una mano.

—Sí —convino con desgana—, debería. Pero, aunque sea solo una nave... Y acabamos de perder cuatro.

Rione le atravesó con una penetrante mirada.

—Al menos esto ha supuesto un perfecto ejemplo del valor de obedecer las órdenes.

Él la miró a su vez preguntándose si de verdad hablaba en serio.

—A mí eso me parece tener la sangre muy fría, señora copresidenta. Ella se encogió de hombros.

—Tiene que ser realista, capitán Geary. Desgraciadamente algunos se niegan a aprender hasta que ven que los errores literalmente les

estallan en las narices. —Bajó el tono de voz y cerró los ojos—. Como acaba de ocurrir.

De modo que le afectaban las pérdidas. Geary sintió una oleada de alivio. Como único civil en la flota, la única persona que no estaba bajo su mando, Rione era la única persona en la que sentía que podía confiar. Estaba empezando a descubrir que además le caía bien, un sentimiento que le resultaba ajeno, después del aislamiento que suponía estar viviendo un tiempo que distaba un siglo del suyo, después del aislamiento que suponía encontrarse entre personas cuya cultura había transformado la que Geary había conocido.

Rione volvió a alzar la mirada.

—¿Por qué, capitán Geary? No pretendo ser una experta en milicia, pero esos cuatro comandantes de navío habían visto que su modo de hacer las cosas funcionaba. La forma en que la Alianza solía luchar en sus tiempos. Habían visto hasta la última nave de una fuerza síndica destruida. ¿Cómo es posible que creyeran que cargar precipitadamente contra el enemigo era una opción acertada?

Geary negó con la cabeza sin mirarla.

—Porque, para desgracia de la humanidad, la historia militar a menudo es la historia de unos comandantes que repiten una y otra vez los mismos métodos de combate mientras sus propias fuerzas son aniquiladas. No pretendo saber a qué se debe, pero es una triste realidad; son comandantes que no aprenden de la experiencia a corto o a largo plazo, que continúan lanzando sus tropas como si causar las mismas muertes inútiles una y otra vez acabara por alterar el resultado.

—Seguro que no todos los comandantes son así.

—No, claro que no. Pero los que lo son parece que tienden a alcanzar los más altos rangos, donde más daño pueden hacer. —Geary miró por fin a Rione—. La mayor parte de estos comandantes de navío son buenos soldados, valientes. Pero durante toda su carrera han estado oyendo que se debe luchar de una cierta forma. Tardarán un tiempo en superar toda esa rígida experiencia y convencerse de que no es malo cambiar. Los cambios no se abren camino fácilmente entre los militares, incluso cuando ese cambio supone un retorno a las tácticas profesionales del pasado. No deja de ser un cambio respecto al estado de las cosas.

Rione dejó escapar un suspiro y negó con un gesto.

—He visto las muchas tradiciones ancestrales a las que los militares se aferran y a veces me pregunto si con ellas no se atrae a muchos de aquellos que valoran la perseverancia de las cosas por encima de los logros.

Geary se encogió de hombros.

—Tal vez, pero esas tradiciones pueden convertirse en una enorme fuente de poder. Usted me dijo una vez que esta flota era quebradiza, que era propensa a romperse bajo presión. Si consiguiera volver a forjarla para hacerla más fuerte, sería en gran parte apelando a las tradiciones.

Rione aceptó esa afirmación sin manifestar si la creía o no.

—Tengo cierta información que podría ayudar a explicar en cierto modo las acciones de esas cuatro naves. Desde que dejamos el espacio de salto y se activó la red de comunicaciones, algunas de mis fuentes han informado de que se han extendido rumores por las naves. Rumores de que usted, al haber perdido su espíritu combativo, preferiría dejar escapar a los buques de guerra síndicos para evitar un día más de lucha antes que arriesgarse a entablar batalla.

Geary se echó a reír incrédulo.

—¿Cómo iba nadie a pensar eso después de Kaliban? Hicimos trizas aquella flotilla síndica. No se escapó ni uno.

—La gente cree lo que quiere creer —sentenció Rione.

—¿Quiere decir como creer que *Black Jack* Geary es un héroe mítico? —preguntó amargamente—. La mitad del tiempo quieren idolatrarme: el guerrero del pasado que va a salvar esta flota y a la Alianza ganando una guerra que dura un siglo; y la otra mitad se dedican a extender rumores diciendo que soy un incompetente o un cobarde.

Geary por fin tomó asiento, invitando a Rione con un gesto a que se sentara enfrente de él.

—¿Y qué más le están contando los espías de mi flota, señora copresidenta?

—¿Espías? —repitió en un tono de sorpresa mientras se sentaba—. Ese es un término tan negativo...

—Solo es negativo si los espías trabajan para el enemigo. —Geary apoyó la barbilla sobre su puño mientras la observaba—. ¿Es usted mi enemiga?

—Sabe que desconfío de usted —replicó Rione—. Al principio se debía a que temía que la adoración al héroe pudiera convertirlo en una amenaza tan grande para la Alianza y su flota como los síndicos. Ahora es por eso y porque ha demostrado ser un hombre muy capaz. Esa combinación es muy peligrosa.

—Pero, siempre que lo que haga sea en beneficio de los intereses de la Alianza, estamos del mismo lado, ¿no? —inquirió Geary haciendo gala de cierto sarcasmo—. Me preocupa lo que sugiere esa emboscada de minas sobre nuestro enemigo, señora copresidenta.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué le sugiere acerca de nuestro enemigo que no supiera ya?

—Me sugiere que los síndicos piensan. Me sugiere que están procediendo con inteligencia, como cuando engañaron a esta flota para que fuera al sistema interior síndico a través de la hipernet para que se adentrara en una emboscada que pondría fin a la guerra.

—Lo cual habría funcionado de no haber sido por la inesperada presencia del héroe del siglo de la Alianza, el capitán *Black Jack* Geary —declaró Rione medio en broma—. Hallado en los límites del deceso final en una cápsula de salvamento perdida, como un antiguo rey que resucita milagrosamente para salvar a su pueblo cuando este más lo necesita.

Él la miró con un mohín.

—A usted le resulta divertido porque no tiene que vivir con el hecho de que la gente crea que usted es esa persona.

—Le he dicho que usted es esa persona. Y no, no lo encuentro divertido en absoluto.

A Geary le habría gustado comprenderla mejor. Desde que había sido rescatado, se había encontrado inmerso en el ambiente militar de la flota y se había llevado una desagradable sorpresa al ver algunos cambios culturales que habían tenido lugar a lo largo de un amargo siglo de contienda. Pero su único contacto con la cultura civil de la Alianza era Victoria Rione, y ella le ocultaba muchas cosas. No habría podido valorar cuánto habían cambiado las cosas en casa y en qué dirección, y realmente quería saberlo.

*Pero no es muy probable que Rione me ayude a entender mejor la cultura civil de la Alianza si piensa que podría usar esos conocimientos*



*para convertirme en una amenaza aún mayor para el Gobierno de la Alianza. Quizás algún día confíe en mí lo suficiente como para relajarse respecto a eso.* Geary se inclinó hacia delante en su asiento para manejar los controles de la mesa que había entre los dos, que seguían siéndole un poco ajenos, incluso después de pasarse meses en aquel camarote. Se abrió una imagen de Sutrah junto a una representación de sus estrellas cercanas.

—Vamos a atravesar el resto de su sistema con mucho cuidado. Supongo que los síndicos habrán desplegado campos de minas similares cerca de los demás puntos de salto, pero, ahora que sabemos cómo buscarlos, podemos detectarlos y evitarlos.

Rione señaló unos símbolos en el visualizador.

—¿Dos bases militares síndicas? ¿Alguna de ellas supone una amenaza?

—Por lo que se aprecia, no lo creo. Parecen estar obsoletas. Es lo que se puede esperar en un sistema que no se encuentra en la hipernet síndica.

Dejó que sus ojos se detuvieran sobre la imagen de las bases síndicas mientras pensaba en la hipernet, que tanto había cambiado las cosas desde lo que él contemplaba como su época. Mucho más veloz que el método de salto entre sistemas, más rápido que la luz, y con un radio ilimitado entre las puertas hipernéticas, había revolucionado el viaje interestelar y había provocado que incontables sistemas estelares se marchitaran lentamente, como flores cortadas, cuando se juzgaba que no eran lo bastante especiales como para justificar el gasto de la puerta.

Geary marcó la clave de actualización y la última información relativa al sistema Sutrah se desplegó. La única modificación afectaba a la posición de la luz de los buques de guerra síndicos, que habían atraído a sus cuatro naves hacia el campo de minas. Aquellos síndicos seguían alejándose de las fuerzas de Geary a una velocidad que rayaba las dos décimas de la velocidad de la luz. Habían estado acelerando tan rápido que sus compensadores de inercia debían de estar muy sobrecargados y sus tripulaciones debían de estar clavadas a sus asientos. Ir a por ellos sería inútil, pues ellos podían limitarse a seguir adelante, mientras que la flota de la Alianza, antes o después, tendría que proceder hacia uno de los puntos de salto que la sacara de Sutrah; pero Geary todavía

sentía una punzada de rabia al ver las naves síndicas, aunque sabía que en este caso no cabía la venganza.

Pero la emboscada síndica lo tenía preocupado por otras razones. Rione parecía no haber captado sus implicaciones. La supervivencia de la flota de la Alianza dependía de que Geary tomara las decisiones adecuadas y de que los mandos síndicos tomaran las equivocadas. Si los síndicos habían perdido su exceso de confianza y habían empezado a planear las cosas con cuidado, entonces hasta los mejores movimientos de Geary podían fallar a la hora de mantener la flota al menos un paso por delante de las fuerza síndicas, que eran lo bastante fuertes como para asestar un golpe mortal a la flota de la Alianza.

No obstante, incluso los pequeños golpes contaban. De entre los cientos de navíos con los que contaba la flota de la Alianza, los cuatro que aquí se habían perdido no eran decisivos. Pero, con el tiempo, la flota podía ser picoteada hasta morir si sufría esas pérdidas en cada una de las estrellas, y quedaban un montón de estrellas entre la flota y su hogar.

Echó una ojeada al visualizador deseando que Sutrah estuviera mucho más cerca del espacio de la Alianza, deseando que Sutrah hubiera desarrollado milagrosamente una puerta hipernética libre de vigilancia. Joder, ya que se ponía, ¿por qué no desear también haber muerto en aquella nave hacía un siglo para no tener que estar ahora al mando de esta flota, con tantas vidas y naves bajo su responsabilidad? *Anímate, Geary. Cuando te descongelaron tenías todo el derecho a estar deprimido, pero ahora eso ya es agua pasada.*

El intercomunicador reclamó su atención.

—Capitán Geary, hemos avistado algo importante. —La voz de la capitana Desjani contenía un sentimiento que no pudo identificar.

—¿Importante? —Estaba seguro de que si se trataba de alguna amenaza, lo habría dicho directamente.

—En el quinto mundo del sistema. Parece un campo de trabajo.

Geary le lanzó una mirada a Rione para ver cómo recibía ella la información, pero tampoco pareció considerarla nada extraordinario. Los Mundos Síndicos tenían muchos campos de trabajo porque los Mundos Síndicos dedicaban grandes esfuerzos a tratar con enemigos internos, reales o imaginarios.

—¿Tiene algo de especial?

Esta vez detectó claramente la tensión en la voz de Desjani.

—Estamos registrando comunicaciones desde el campo que indican que retienen a prisioneros de guerra de la Alianza.

Geary se quedó mirando la representación del quinto mundo del sistema Sutrah. A nueve minutos luz de su estrella, aún por encima de las cuatro horas luz de la flota de la Alianza. No había esperado tener que acercarse a ningún mundo habitado de este sistema, no había previsto retrasos.

Al parecer tendría que cambiar de planes.

*Odio estas reuniones*, pensó Geary por centésima vez, lo cual tenía su mérito, ya que hasta entonces solo había tenido que asistir a unas cinco. En la sala de juntas, la mesa de negociación tenía pocos metros de largo, pero gracias a la red de comunicaciones que interconectaba las naves de la flota y a las últimas tecnologías de presencia virtual, ahora la mesa parecía alargarse en la distancia, asiento tras asiento, ocupada por los comandantes de sus naves. Aparentemente los oficiales más veteranos eran los que se sentaban más cerca de Geary, pero solo con mirar a alguno de los oficiales, por muy alejado que estuviera de él en la mesa, este se adelantaba desplegando a su lado una útil información identificativa.

Por supuesto, las reuniones se caracterizaban por tener un ritmo extraño. La flota había adoptado una formación más compacta para poder celebrar la reunión, pero debido a las limitaciones impuestas por la velocidad de la luz sobre las comunicaciones, las naves más alejadas seguían estando a una distancia de veinte o incluso treinta segundos luz. Se trataba de las naves más pequeñas y con los comandantes más jóvenes; de ellas, por supuesto, se esperaba que observaran y aprendieran, y que mantuvieran el pico cerrado, de modo que la naturaleza retardada de su interacción tenía una incidencia mínima. Pero incluso para las naves más cercanas, se podía dar un retraso de varios segundos entre pregunta y respuesta, por lo que los participantes habían aprendido a hablar, callar, hablar, callar, dejando tiempo para que llegaran las interjecciones y los comentarios.

El capitán Numos, comandante al frente de la *Orión*, estaba mirando fijamente a Geary con desdén; sin duda todavía debía de estar furioso por su pobre actuación en Kaliban, de la cual, evidentemente, Numos culpaba a Geary más que a sí mismo. Muy cerca de Numos se sentaba la capitana Faresa, de la *Majestuosa*, con una expresión tan avinagrada como de costumbre. Geary se preguntaba cómo podía ser que Faresa no consiguiera disolver la superficie de la mesa con solo mirarla. En un reconfortante contrapunto a estos dos, el capitán Duellos, de la *Osada*, se recostaba en su silla, aparentemente relajado pero con los ojos en guardia, y el capitán Tulev, de la *Leviatán*, permanecía sentado impasible, clavando una mirada de despecho en Numos y Faresa. Más abajo, la aguerrida comandante Crésida, de la *Furiosa*, sonreía abiertamente ante la perspectiva de una nueva acción, mientras que no muy lejos de ella, se sentaba la coronel Carabali, la marine viva más veterana de la flota, otra oficial capacitada y cumplidora.

Sentada junto a Geary estaba la capitana Desjani, la única persona físicamente presente en la abarrotada sala además de él. La copresidenta Rione había excusado su asistencia, pero Geary sabía que los oficiales de las naves de la Federación Rift y la República Callas le facilitarían a Rione un informe completo de todo lo que allí sucediera. Él sospechaba que quería evitar estar allí en persona para ver qué decía él en su ausencia.

Geary asintió con brusquedad hacia los oficiales congregados.

—Antes que nada, presentemos nuestros respetos a las tripulaciones de los destructores *Doblefilo*, *Estilete* y *Mazo* y a la del crucero *Blindado*, que están al abrigo de sus antepasados tras perecer en cumplimiento de su deber y en defensa de sus hogares y familias.

Se sintió algo hipócrita al no añadir una denuncia por el comportamiento que había conducido a esos navíos a la muerte, pero tal comentario parecía estar fuera de lugar.

—¿Estamos seguros de que no hubo supervivientes? —preguntó alguien.

Geary le hizo un gesto al comandante del segundo escuadrón de destructores, que se aclaró la garganta y adoptó una actitud grave al contestar.

—Hemos llevado a cabo una búsqueda exhaustiva. Las únicas cápsulas de salvamento localizadas estaban todas gravemente dañadas e inactivas.

Numos habló con dureza.

—¡Teníamos que haber perseguido a esos síndicos y haberles hecho pagar por destruir nuestras naves y matar a sus tripulaciones!

—¿Y cómo les habría dado caza usted? —quiso saber Duellos en un tono cansino que transmitía un claro desdén.

—Una persecución a gran escala en máxima aceleración, por supuesto.

—Hasta el oficial más joven de la flota sabe que las leyes de la física no nos permitirían dar alcance a esas naves sin perseguirlas prácticamente hasta la siguiente estrella y quemando casi por completo todo nuestro combustible en el intento.

La capitana Faresa intervino con un tono amargo.

—Un oficial de la flota de la Alianza no debería rendirse antes de empezar. «Intenta lo imposible y lo conseguirás.»

El modo en que se pronunció la cita sonó tristemente familiar. Geary miró a la capitana Desjani, que le dedicó un gesto de asentimiento incapaz de contener una mirada de orgullo. Otra «cita» de *Black Jack Geary*, completamente sacada, sin duda alguna, de contexto, si es que alguna vez la dijo, y utilizada para justificar cosas que el auténtico Black Jack nunca habría apoyado y que de ningún modo apoyaba ahora.

—Tendré que comprobar cuándo dije eso y qué quise decir —respondió en voz baja—. Pero estoy completamente de acuerdo con el capitán Duellos. La persecución habría sido en vano. Tengo que asumir la responsabilidad sobre toda esta flota por encima de mis deseos de venganza, y espero de cualquier otro oficial que haga lo mismo.

—¡La flota se ha acostumbrado a esperar que el buque insignia marque el camino de la batalla! —afirmó Faresa como si de alguna forma eso confirmase sus argumentos.

Geary se guardó un malicioso comentario. *Solo porque la flota se haya acostumbrado a esperar la estupidez, eso no significa que yo tenga que ser un estúpido.*

Pero Desjani respondió por él, con el orgullo claramente ofendido ante un insulto velado dirigido contra su nave tanto como contra Geary.

—El *Intrépido* estaba en el centro de la formación en Kaliban, justo el lugar al que los síndicos dirigieron su ataque —señaló Desjani en un tono frío y formal.

—Sí—convino Geary. *Aunque, para ser sinceros, debido a la disposición adoptada en la batalla, con el potencial de fuego de mi flota concentrado en el objetivo de ataque síndico, esa posición era probablemente la más segura para el Intrépido.* Pero eso no lo dijo. No lo hizo porque sabía que tenía que mantener a salvo al *Intrépido* durante todo el regreso a casa, al espacio de la Alianza, o las tradiciones de la flota estarían condenadas. El *Intrépido* todavía llevaba a bordo la llave hipernética de los síndicos, aunque muy pocos lo sabían, aparte de Geary y la capitana Desjani. Incluso si se perdieran todas las demás naves de la flota, regresar al espacio de la Alianza con la llave les daría una ventaja crucial sobre los síndicos. No es que Geary pretendiera sacrificar todas las naves, si es que existía otro modo de llevar al *Intrépido* de regreso.

Numos parecía dispuesto a añadir algo más, de manera que Geary señaló con el dedo el visualizador del sistema Sutrah que flotaba sobre la mesa de juntas.

—No tenía intención de molestarme en desviarme del rumbo en este sistema para negociar con los mundos habitados, pero, como ya habrán oído, hemos sabido algo que altera esos planes. Tenemos indicios de que hay un campo de trabajo en el quinto mundo que confina a prisioneros de la Alianza.

—¿Indicios?—preguntó el capitán Tulev con sagacidad—. ¿No cree que sean ciertos?

Geary tomó aire.

—Ya nos han engañado una vez en este sistema. A lo síndicos les habría resultado muy fácil falsificar el tránsito de mensajes que hace pensar que hay personal de la Alianza en ese campo. —Podía sentir cómo aumentaba la rebelión a su alrededor—. Tengo la intención de ir allí y cerciorarme. Pero debemos permanecer alerta ante una nueva emboscada.

—¿Un señuelo para atraernos hacia el quinto planeta?—reflexionó la coronel Carabali entornando los ojos.

—Es posible. Podremos avistar cualquier campo de minas durante nuestra larga aproximación a ese mundo por muy discreto que sea. ¿De qué más habríamos de preocuparnos?

La coronel se encogió de hombros.

—Se puede montar un armamento realmente gigantesco en un planeta como ese, pero tendría que soportar bien la gravedad y vérselas

con los efectos atmosféricos para poder alcanzar objetivos espaciales. Además, si intentan combatirnos con esa clase de cacharros, solo tendríamos que apartarnos y tirar rocas grandes contra el planeta.

El capitán de navío de aspecto atento intervino.

—Quiere decir enormes proyectiles de energía cinética.

—Sí—confirmó la coronel de Marina—, eso es lo que he dicho. Rocas jodidamente grandes. No es que me muera de ganas de enviar a mis chicos y chicas a la superficie de un mundo ocupado por los síndicos. Apenas tenemos suficientes tropas de tierra para asegurar el perímetro de seguridad necesario. Pero el planeta entero sería el rehén que asegurase el buen comportamiento de los síndicos y en realidad no tenemos más alternativas.

—¿Tenemos que mandar allí abajo a los marines?—preguntó Geary.

La capitana Desjani asintió.

—Después de algunos incidentes ocurridos en los inicios de la guerra concluimos que los síndicos solían retener a algunos de sus prisioneros, sobre todo aquellos que consideraban de gran valor. La única forma de confirmar que hemos recogido a todos es que nuestro propio personal acceda a los registros que tienen en el campo síndico, desde el recuento de cuerpos hasta las raciones de comida, para asegurarnos de que nuestras cuentas se corresponden con las cifras que tengan ellos en apariencia.

—De acuerdo.

Eso tenía sentido, aunque a Geary no le gustaba la idea de acercarse a la flota al quinto planeta y decelerar para que sus transbordadores recogieran a los prisioneros.

—Entiendo que no nos podemos fiar de los transbordadores síndicos y que dependemos de los nuestros. —Esta vez todos asintieron—. Todos los que tengan transbordadores en sus naves prepárenlos para una intensa actividad. Solicitaré a la copresidenta Rione que les comunique a los síndicos nuestro ultimátum en relación a los prisioneros.

Numos le dedicó a Geary una mirada de exagerada desconfianza.

—¿Por qué involucrarla a ella?

No muy seguro de por qué Numos había desarrollado una cierta aversión por Rione, Geary le respondió con franqueza:

—Es nuestra negociadora más capacitada.

—¡En Corvus sus meteduras de pata casi nos cuestan la *Titánica*!

Geary sentía como la rabia aumentaba en su interior. La traición de los síndicos en Corvus respecto a los buques mercantes que supuestamente iban a entregar suministros a la flota de la Alianza no había sido culpa de Rione, en realidad no había sido culpa de nadie. Sin duda Numos lo sabía.

—Yo no lo veo así.

—¡Pues claro que no! Dado que la copresidenta Rione pasa una gran parte del tiempo a solas con usted en su camarote, estoy seguro de que piensa...

Geary interrumpió a Numos dando un puñetazo encima de la mesa. Por el rabillo del ojo veía los rostros escandalizados de los comandantes de las naves pertenecientes a la Federación Rift y a la República Callas.

—Capitán Numos, eso está fuera de lugar —afirmó Geary en un tono de voz sombrío.

La capitana Faresa intervino con su característica seguridad.

—El capitán Numos solo ha expresado lo que todos...

—Capitana Faresa. —Geary la acalló con la mirada—. Nunca pensé que llegaría a ver el día en que los oficiales de la flota de la Alianza se comportaran como cotillas de patio de colegio. Es evidente que tanto usted como el capitán Numos necesitan revisar las normas de conducta personal y profesional a las que se espera que se ajuste un oficial.

El semblante de Faresa había palidecido; el de Numos, enrojecido, pero sus ojos refulgían con el mismo odio que los de Geary.

—La copresidenta Rione, de la República Callas, es un miembro del senado de la Alianza y debe ser tratada con la deferencia que su posición merece. Si se sienten incapaces de prestar el debido respeto a un veterano miembro civil del Gobierno de la Alianza, entonces están obligados presentar su renuncia a la flota. No toleraré que se dirijan insultos a ningún oficial ni a ningún representante del Gobierno de la Alianza en esta flota. ¿Entendido?

Geary tomó una profunda bocanada de aire y miró en torno a la mesa sin estar muy seguro de cómo había sido recibido este último discurso suyo. No obstante, el capitán Tulev, con gesto adusto, estaba asintiendo.

—Ha habido demasiado chismorreo, demasiados rumores. Se han lanzado insultos contra aquellos que están al mando —añadió Tulev



mirando a Numos—. Los rumores han animado a algunos comandantes de navío a adherirse a las viejas tradiciones de persecución suprema con consecuencias de las que todos hemos sido testigos a día de hoy.

Un escalofrío recorrió la mesa ante la referencia directa a lo que quiera que hubiera motivado que los capitanes de cuatro naves ignoraran las órdenes de Geary y abandonaran la formación para lanzarse a la persecución de los buques de guerra síndicos. El capitán Numos tragó saliva y trató varias veces de decir algo; finalmente logró arrancarse unas palabras.

—Yo no tengo nada que ver con eso, si es que insinúa...

—¡No está insinuando nada! —le espetó Geary—. Está poniendo de relieve que animar a las naves a que ignoren órdenes, que los intentos por socavar al comandante de esta flota, pueden acarrear serias consecuencias. Soy consciente de los rumores a los que el capitán Tulev hace referencia, y permítanme que les asegure que si alguna vez llego a descubrir que alguien instó a los oficiales al mando de la *Doblefilo*, el *Estilete*, el *Mazo* y el *Blindado* —recitó los nombres muy despacio para asegurarse de que se dejaba notar su impacto— a que actuaran del modo en que lo hicieron, me encargaré personalmente de hacer que ese alguien desee haber muerto con honores junto con las tripulaciones de esos navíos.

Cuando terminó de hablar, Geary dejó que su mirada se fijara en Numos, quien se sonrojó de tal modo que parecía haber sufrido quemaduras de radiación. Pero Numos guardó silencio; aparentemente se había dado por enterado de que Geary no estaba de humor para más enfrentamientos.

—Bien —prosiguió en un tono más calmado—, a la velocidad actual nos quedan unas cuarenta horas hasta llegar al quinto planeta. Asegúrense de que los transbordadores estén listos. Tengo un plan para distribuir al personal de la Alianza que recojamos del planeta entre los navíos de la flota.

Había sido absurdamente fácil, una simple cuestión de llamar al agente de inteligencia de su sistema y preguntarle cómo añadir a los navíos de la flota a cinco mil tripulantes más. Dado que eso no era más que un simple, aunque tedioso, ejercicio matemático, una comparativa de literas y complementos de personal y servicios de apoyo en todas las

naves disponibles con las cifras requeridas, el ordenador había obtenido el resultado en unos instantes. Era la clase de cosas que les pedían los comandantes de la flota a los subalternos en los viejos tiempos, pero la habilidad de los sistemas automatizados para gestionar tareas administrativas y de mando había eliminado gran parte del trabajo sucio con el que esos subalternos se las habían tenido que ver. Por añadidura, Geary se había enterado de que, después de sufrir terribles pérdidas año tras año en aquella guerra aparentemente interminable, la necesidad de disponer de tantos oficiales como fuera posible para tripular naves de reemplazo había conducido a reubicar a los viejos subalternos que quedaban.

Técnicamente, como comandante de la flota, Geary estaba autorizado a contar con un jefe de personal, pero ese oficial había muerto junto con el anterior comandante de la flota, el almirante Bloch, como resultado de la traición síndica durante la negociación. También estaba autorizado a tener un edecán, pero a Geary ni se le ocurriría sacar a un joven oficial del combate para que se dedicara a ser su criado personal.

—Consulten el plan —continuó Geary—, vean qué dice sobre lo que su nave puede asumir y hablen conmigo si hay algún problema. Quiero saberlo, así que no se limiten a tragárselo con la esperanza de que su nave pueda albergar más de lo que está en posición de llevar en condiciones seguras. Según las primeras estimaciones, al parecer hay entre tres mil y cinco mil prisioneros, lo cual es aceptable. Nos ocuparemos de determinar las aptitudes de cualquier miembro de la flota que haya sido hecho prisionero y lo llevaremos a la nave que lo vaya a necesitar posteriormente. Coronel Carabali. —La oficial de Marina asintió—. Prepare a sus infantes de Marina. Me gustaría ver su plan para llevar esto a cabo no más tarde de cinco horas antes de que lleguemos al planeta. ¿Alguna pregunta? —preguntó Geary a todo el grupo.

—¿Cómo vamos a bregar con la base militar síndica del quinto planeta? —quiso saber alguien.

—Eso todavía hay que decidirlo —informó Geary. Sintió que la insatisfacción se extendía por toda la mesa. Para muchos de los comandantes, el único síndico bueno era el síndico muerto, y no se debía dejar pasar ninguna oportunidad de matar a un síndico—. Les recuerdo que

las instalaciones de este sistema están obsoletas. A los síndicos les cuesta mantenerlas en funcionamiento. Dejar estas instalaciones intactas equivale a fondos que los síndicos se gastan en ellas y equivale a tropas síndicas entrenadas y comprometidas con ellas. Si resulta que la base constituye una amenaza real, la eliminaremos; si no lo es, no estoy interesado en hacerles a los síndicos el favor de sacarla de la lista de cosas de las que preocuparse.

Hizo una pausa para tratar de recordar qué más había previsto decir.

—No sabremos si es real hasta que los infantes de Marina vean a los prisioneros de guerra de la Alianza en el campo. Todos tenemos que permanecer alerta.

No le entraba en la cabeza que ni siquiera los síndicos pudieran poner en riesgo a la población de un mundo habitable para intentar destruir unas cuantas naves de la Alianza más, pero también era verdad que desde su rescate había visto muchas cosas que nunca habría imaginado.

—Tenemos la ocasión de hacer mucho bien por unas personas que nunca esperaron ser liberadas. Demos gracias a las estrellas por ello y hagamos que nuestros antepasados se enorgullecen de nosotros.

La multitud se fue reduciendo con la asombrosa velocidad acostumbrada a medida que las imágenes virtuales de los capitanes de navío se desvanecían como pompas de jabón reventadas; tanto Numos como Faresa desaparecieron inmediatamente tras la despedida de Geary. La capitana Desjani, mirando con toda la intención hacia el lugar en el que aquellos dos habían estado sentados en apariencia, hizo un gesto de negación con la cabeza y luego se excusó antes de abandonar el compartimento a la antigua usanza, a pie.

Tal y como Geary había esperado, la reconfortante imagen del capitán Duellos se mantuvo hasta el final. Duellos también señaló el lugar que habían ocupado Numos y Faresa.

—No habría dicho esto antes, pero esos dos son un peligro para esta flota.

Geary se reclinó en su asiento, cansado y frotándose la frente.

—¿No lo habría dicho antes de qué?

—Antes de que cuatro naves de esta flota se lanzaran a una ofensiva descabellada. —La imagen de Duellos parecía avanzar hacia Geary y

tomar asiento a su lado—. ¡Valientes! ¡Gloriosos! ¡Estúpidos! No tengo pruebas, pero sé que Numos estuvo detrás.

—Yo también lo creo. Pero —admitió Geary amargamente— la falta de pruebas es un problema. Mi mando al frente de esta flota es todavía muy endeble. Si me pongo a despedir a oficiales al mando, especialmente a uno con la veteranía de Numos, sin poder probar su falta de profesionalidad, podría encontrarme con que muchas de las demás naves se lanzan valiente y estúpidamente hacia algún otro campo de minas.

El capitán Duellos bajó la mirada y torció el gesto.

—La lección de esas cuatro naves ha sido muy poderosa. No importa qué mentiras vaya difundiendo Numos, todos recordarán que usted tenía razón al advertirles a esas naves que se retiraran y al evitar una atropellada persecución de unas cuantas naves de caza asesinas síndicas.

Geary no logró contener un resoplido burlón.

—Y usted pensará que el hecho de tener razón va a granjearme más crédito. ¿Qué piensa? ¿Seguirán todos los demás mis órdenes cuando nos aproximemos al quinto planeta?

—En ese momento, sí.

—¿Tiene alguna idea sobre de dónde provenía ese disparate sobre la copresidenta Rione?

Duelos parecía ligeramente sorprendido.

—Di por sentado que ustedes dos tienen una buena relación amistosa, pero por muy íntimos que sean ustedes, no es asunto mío. La copresidenta Rione no es una oficial ni una tripulante bajo su mando, y una relación personal con ella no tiene ninguna influencia en sus funciones como comandante.

Geary se lo quedó mirando un instante, luego se echó a reír.

—¿Relación personal? ¿Con la copresidenta Rione?

Esta vez fue Duellos quien se encogió de hombros.

—Las malas lenguas dicen que pasan mucho tiempo a solas.

—¡En reuniones! Necesito su consejo. —Geary volvió a reír—. ¡Por todos los antepasados, a Victoria Rione no le caigo nada bien! Ella no se anda con rodeos. Le doy miedo porque está preocupada por si en un momento dado me convierto en *Black Jack* Geary y devuelvo la flota a casa para deponer a los líderes electos de la Alianza y proclamarme emperador por la gracia de Dios, o algo por el estilo.

—La copresidenta Rione es una mujer inteligente y perspicaz —observó Duellos con toda seriedad—. ¿Le ha dicho ella que no le cae bien?

—¡Sí! Ella... —Bien mirado, Rione había expresado su falta de confianza respecto a Geary en varias ocasiones, pero no conseguía recordar que en ningún momento hubiese dicho que le caía mal—. Sí, eso creo.

Duelos volvió a encogerse de hombros.

—Tanto si le cae bien como si no, eso es lo de menos. Se lo digo una vez más, ella no es su subordinada, no en la escala militar, y cualquier relación personal con ella sería perfectamente apropiada. En caso de que se diera.

Geary no pudo evitar una tercera carcajada mientras se despedía del capitán Duellos, pero al ir a salir de la sala se detuvo a pensar. Seguro que los espías que Rione tenía en la flota la habrían informado acerca de los rumores sobre una relación entre ella y Geary. ¿Por qué no le había dicho nada Rione sobre esos rumores si le había hablado de los otros?

¿Acaso la política de acero con la que había tratado se avergonzaba de esos rumores? Pero, de ser así, ¿por qué seguía visitándolo?

Geary se quedó un momento apoyado con el brazo contra la pared y mirando al suelo, recordando los primeros días después de ser reanimado tras el período de hibernación que lo había mantenido con vida durante un siglo, un lapso de tiempo en el que todo aquel que había en su vida había muerto luchando o de viejo. La conmoción que sufrió al enterarse de que todos aquellos a los que había conocido y amado, hombres y mujeres, estaban muertos desde hacía tiempo lo había llevado a descartar la idea de entablar nuevas relaciones. El hielo que una vez lo inundó parecía haber desaparecido casi por completo, pero seguía ocupando ese único lugar, temiendo retroceder para dejar que el calor volviera a surgir.

Una vez perdió a todo el mundo. Podría volver a suceder. Y no quería que la próxima vez le doliera tanto.